

Lautaro Yankas

Roto alzao



E paso para el pueblo el vecino se desmonta frente a las casas de «El Coigual», Su chaqueta blanca ilumina el verdor de las enredaderas que corren por pilares y cornizas, y contrasta con su torvedad de costumbre. El dueño de casa sale a recibirlo.

—Buenas tardes, Nicanor. Ya me voy.

—Buenazo, pues. El guano debe estar por llegar, si no ha llegado. Averigüe para disponer las carretas y pedir prestadas por ahí, si precisa.

—En mala hora viene a llegar ese guano, cuando lo habimos reclamao tanto.

El diablo, no más, se ha metío en esto. Mire que con la cosecha apenas empezá, tener que ocupar las carretas en eso.

—Y si no se trae, hay que pagar una punta de pesos por bodegaje.

—A ver si se arregla eso, vecino. Avíseme apenas vuelva.

Ahora mismo. ¡Y cómo anda el trabajo!... Veo mucha gente en las lomas.

Una semana pegando, pero el montón no crece.

—La gente se pone cada día pior. Hay que andar vivo el ojo, pa que no se lo mamen a uno.

—La semana pasá llegó otro y lo tomé al tiro, a ver si acabamos más luego.

—Ahí estaban las carretas parás en la falda y nadie se veía en el montón.

—¡Si acabo de verlos cargando, vecino!

—Así son éstos, como el día les corre...

—¡Pa allá me voy al tiro, por la grandísima!

—Anda tanto revoltoso en este tiempo y los otros se acostumbran.

—Estaban portándose bien hasta ahora. Vamos a ver si es cierto... ,

—Hasta luego, pues.

—Buen viaje y ojalá que no llegue ese guano hasta que no esté el trigo amontonado. ¡Mire que venir ahora después de habernos aburrído esperándolo.

—Las rabias nunca vienen solas.

Nicanor toma un sendero, mientras el vecino desaparece en el camino rabioso de sol. Seguramente, aquellos bellacos «le aguitan el ojo» para darse a la bartola. ¿Pero desde cuándo pasa eso, que él no se ha dado cuenta? Su cuadrilla es la de otros años, más algunas mujeres vejanconas que él conoce y el afuerino ése, que no le parece sospechoso y se desempeña bien. El sendero orilla un boldal y se mete en los trigos,

que doran la tierra altibaja, cerrando el horizonte. Involuntariamente, su paso se ablanda, se hace felino. La desconfianza prende en su corazón, prende con llama viva y un mal pensamiento atraviesa como un poco el plácido cielo de su alma, fortacha como su cuerpo de anchas espaldas y manos tremendas. Llegado a la linde de las siembras, desde donde se domina aquel océano de oro, se agacha y mira: las lomas se entregan al sol de fuego y la luz vibra sobre ellas. Nicanor suelta una maldición y se adentra en los trigos. Los bueyes, uncidos, dormitan, y el silencio se extiende y pesa bajo aquel calor de horno. ¿Es posible que no encuentre a nadie en los trigos? Le parece inaudito, como también ese silencio de muerte que le hace recordar la montaña distante. El puma y el zorro hambrientos caminan siempre sobre aquel silencio y la víctima presiente en él la proximidad de la muerte.

Nicanor se acerca a las carretas y sólo entonces ve surgir junto a ellas, a hombres y mujeres, silenciosos y blandos.

—¡Hijos de la gran Así que les pago pa que los lindos duerman la siesta, mientras el trigo se desgrana en la mata. ¡Haberlo sabido antes, por mi madre! ¡Y luego se quejan del patrón!

—Estábamos capiando el sol, no más. ¡No ve que está bravazo!

—¡Qué me importa el pellejo de ustedes! ¡Mi trigo!

—Es cierto, patrón. El trigo vale más que uno.

—Cállate, carajo, si no querís que te eche al tiro. Roto alzao te habis vuelto.

—No me toree, patrón. Yo siempre le hey trabajo con voluntá.

—Así le habimos servío siempre—dice otro alejándose.

—Naide le falta el respeto—interviene una mujer arreglándose el pañuelo de colores sobre la cabeza.

—Si yo les pago el día, tienen que trabajarme el día aunque les hiervan los sesos.

—Como el patrón está siempre a la sombra.

—¿Tamién está chúcaro el Ramón? ¿De cuándo acá? Esta tarde pasas a las casas pa arreglarte.

—Al tiro, si quiere patrón...

—¡Te voy a dar en el gusto, miral!

—Patrón—interviene Angel Rivas, el afuerino, que asistía a la escena, apoyado en el yugo de la carreta próxima. Si usté quiere nos vamos toos, pero Ramón no se va solo.

—Por suerte, niño diablo, los otros no te harán caso.

—Eso hay que verlo, patrón.

—Vos si que te largas ahora mismo.

—No se sulfure, patrón, que pa too hay tiempo.

—¡Que te vay, te digol!

El afuerino se retiró y en vez de endilgar hacia las casas, para ajustar su salario, se acercó a sus compañeros, que acudían después de haber sido ahuyentados por el amo. Eran veinte entre hombres y mujeres. Ro-

dearon en silencio a los trabajadores despedidos. Ni canor rojo de sol y de rabia, quiso gritar de nuevo, doblegar a la gente, que por primera vez se le rebelaba. Pero la tranquilidad de aquellas caras requemadas por el sol infernal, surcadas por los duros años, paralizó el embate de su sangre y apuntó un recelo en su alma. Rayó el mismo pensamiento en todos los ojos, en todas las bocas la misma palabra, en aquellas arrugas crecidas, el mismo gesto. Aquella gente, que le trabajara durante años, le pareció otra, tan diferente que hasta su memoria se esforzó para identificarla. «Este es Juan Padilla, allí está Efraín Bravo, aquel, Rómulo Gaete, el otro Pancho Verdugo. Pero son otros, muy otros estos carajos. No sé quién los ha cambiado... Podía mandarlos a gusto, hacerlos trabajar por un peso al día y menos... Comían el loco sin chistar... Ahora... ahora...!».

Reconcentrado, su mirada voló hacia las lomas, cada vez más lejos, y la conciencia del peligro llenó su sangre. Allí estaba el trigo, desgranándose, volviendo a la tierra que lo multiplicó y nutrió. Sin aquellos hombres que esperaban su palabra la cosecha se perdería. Le eran necesarios como las bestias, como el arado, como el sol. ¿Podían revelarse? No, porque las bestias debían servir al hombre. Pero las bestias se rebelaban a veces, y sus cornadas y coces daban cuenta del hombre cruel o torpe...

El patrón miró gravemente a Ramón y al afuerino,

que parecían clavados allí, y ensayó en ellos una voz neutra:

—Bueno, por esta vez los perdono. La gente que me trabaja, me conoce bien. El que me la hace me la paga. Pero ahora quiero dar el ejemplo pa que trabajen a gusto. La resolana es fuerte, pero hay que aguantarla porque nadie sabe si mañana nos llueve y se pierde el trigo.

—Como no, patrón.

—Siempre habimos dicho que el patrón es bueno.

—¡Ahora, pegarle firme, niños!

—Y qué nos demoramos—agregó el afuerino, alejándose con su paso flojo mientras su cara escondida en la sombra de la chupalla, reflejaba la burla.

El patrón no dejó de observarlo mientras el otro se perdía en el trigal. Lamentaba ahora haberlo tomado, pero en descargo recordaba la buena impresión que le produjo con su cara despierta y jovial. No se parecía en nada a los otros alzados que se estaban una hora en cada hacienda, soliviantaban a la gente, peleaban con el patrón y volvían al camino. ¿De dónde venía? Nadie lo conocía. Era ordenado, entendía el trabajo y la gente lo quería. Acababan de manifestarlo. Se quedó el patrón reflexionando y recordó a muchos otros que habían pasado por la hacienda, peligrosos todos, difíciles, escurridizos, contagiosos para la peonada. Este, sin embargo, lo excitaba por su disimulo, su tranquilidad. En eso estaba cuando vió a su lado a

la vieja Catalina, de la cuadrilla de segadores, que lo miraba con aire intrigado y astuto.

—Qué te pasa, Catalina...

—Patrón, ... el afuerino ése, es el que aliona a la gente... Pa que no le quite el ojo... Es mojigato el niño, y muy leído...

—Asina, ¿no?

—¿De dónde viene?

—Quién sabe, mi patrón... Pero conoce mucho y habla como un libro...

¿Qué les dice? Habla vieja...

—Naita malo, patrón. Pero dice que toos somos muy desgraciaos y que hay que aprender a vivir.

—Ya, ya, conozco la canción... Es roto alzao.

—Tiene güen pensamiento. Cuando habla, parece que cuenta cuentos.

—A lo mejor resulta cuatrero, el niño... Bueno, vieja, vete a trabajar...

—Al tiritito, patrón... Quería que usté lo rastriara, por si aca...

Regresó el amo y recomendó al campero que vigilara la faena. Aquella tarde fué tranquila en las casas. El patrón no habló a nadie del altercado, ni siquiera a su mujer. En los ranchos de la peonada, en cambio, el incidente motivó las más variadas opiniones, y alguna inquietud. El infeliz tiene el instinto como único don compensador de miserias, pero tampoco ha sabido aprovecharlo. Todos conocían la rigidez del amo, su severidad con el trabajador. Les pagaba el mísero sa-

lario usual en la región, les daba las mismas pancutras espesas y desabridas y la harina tostada. Carne, nunca, salvo el día de la trilla. Pero no podían afirmar que fuera malvado o canalla. La gente, hablando de todo esto, se desveló. El afuerino, en cambio, comenzó roncando sobre el primer silencio.

A la misma hora, el amo prestó oído a los rumores nocturnos, salió al corredor de la casa, se encaminó al cuarto de los aperos y allí ayudado de una linterna, cogió una picana corta y con ella salió hacia el potrero inmediato donde estaban los bueyes de trabajo. Antes de comenzar dió una mirada hacia el camino que lo había traído y escuchó. No se movía una rama y solo el rumor isórono de las bestias que rumiaban, resbaló en su conciencia. Al sentir el ojo de la linterna, los bueyes se levantaron alarmados y se quedaban mirándolo, baja la cabeza, en actitud defensiva. Pero el ojo brillante pasaba de uno a otro, hasta que se detuvo sobre un buey negro que rumiaba pegado al cerco, y a unos pasos de la tranquera interior. «Este me esperaba», se dijo el hombre. Bajó las varas y el animal, como si comprendiese, caminó mansamente hasta el potrero vecino. Cerró el amo la tranquera con el mayor cuidado y luego se encaminó hasta la loma próxima, que lindaba con el potrero. Pasó el cerco y fué hasta la puerta interior, la abrió y en seguida empezó a buscar. No se veía por allí ningún animal y tuvo que llegar al extremo opuesto del rastrojo para dar con el mañoso, el buey negro que necesitaba. Ape-

nas sintió la luz sobre sus ojos, la bestia se levantó y bajando la cabeza, resopló, con ganas de embestir. El hombre apagó la linterna y con golpes de picana, endilgó a la bestia, que se resistía y amenazaba. El amo recordaba muy bien las molestias que el Mañoso le estaba dando. Dos veces había corneado a sus trabajadores, que confiados, se acercaban a enyugarlo. No había querido venderlo por su linda estampa y porque su corta edad hacía pensar que trabajándolo pudiera corregirse. Hacía bonita pareja con el Manso, el otro buey negro que el amo acababa de cambiar de potrero. Eran de la misma edad y el amo los había enyugado junto muchas veces. Pero en este último tiempo el Mañoso se había puesto peligroso de veras.

Por fin logró endilgar al buey, que pasó la puerta entre dos respingos. El hombre cerró la tranquera, pensando inquieto en la boyada pacífica que recibía a tan avieso compañero. Se quedó allí un momento, atento a las posibles intenciones del Mañoso, que se mostraba inquieto. A lo lejos las manchas confusas de la boyada. El Mañoso, se movió en demanda de aquellas sombras y luego se quedó mirando al hombre que se alejaba.

Al alba, el patrón cabalgaba hacia los ranchos de los trabajadores. Estaba obscuro aun y hacía un fresco vivo, que no lograba, empero, atravesar la manta de castilla. La gente bostezaba sobre la paja y pronto hombres y mujeres asomaron en el patio, éstas con la tira de rebozo sobre la espalda, aquéllos encogidos en

las blusas de mezclilla. Ahí estaba el afuerino, con las manos en los bolsillos y la chupalla metida hasta la nuca.

—A ver, Segundo, anda a traer las yuntas.

—Al tiritito, patrón...

—Amaneció nublao, güena cosa...!

—No se vaya a poner a llover, por la grandísima...

—Güena la sacábamos entonces...

El patrón miraba al afuerino, que desaparecía a veces tras una mata de boldo, o en un repliegue del terreno. Al fin lo perdió de vista. Presintiendo la próxima desgracia, endilgó su bestia por el lado opuesto, orillando el rastrojo donde las gavillas esperaban carreta desde el día anterior. El montón dibujaba su comba sobre la ancha explanada, entre dos lomas, junto a una quebradilla olorosa de maitenes y robles bordados de copihueras. El campero venía a su encuentro, desde el camino.

—Buenos días, patrón.

—Buenos, José... Ahora hay que llevar al pueblo los novillos. A ver si también te llevas al Mañoso, que está demás en el fundo.

—Peliagúo, patrón. Si no hay como enyugarlo ahora, pior va a ser arriarlo suelto. Quien sabe si a dos lazos se dé...

—Llévalo si te atrevis, José.

—A ver si podemos con el hijuna... Y tan lindo que está, patrón...

—Mira que la gente se apure, José, que la veo floja.

El patrón se metió en el rastrojo, examinó el montón y regresó a las casas. La cuadrilla de segadores se dispersaba en las lomas. En el patio de la peinada aun estaban las carretas con sus pértigas en el suelo. Ni un hombre. «Ya le llegó a Segundo», pensó en una ráfaga. «Vamos a verlo... Se jodió el roto alzao».

Bajó el sendero, la cara ensombrecida, el corazón aligerado. En ese instante la peonada venía a su encuentro, hecha un ovillo alrededor del hombre que traían en peso. Un silencio acusador subía desde el grupo, y el amo lo afrontó sin inquietarse.

—¿Qué tiene ese hombre?—gruñó deteniéndose.

—Qué va a tener, patrón, que el Mañoso le dió una corná en las costillas, y milagro que no le saca las tripas.

—¿Y dónde estaba el Mañoso, a ver?

—Con toos los bueyes, patrón. Con lo indino que es, se habrá pasao en la noche.

—¡Caminen no más que los alcanzo. Que llamen a la Matilde pa que cure la herida. Alisten una carreta mientras tanto voy a ver ese buey carajo.

Llevaron al herido hasta los ranchos y lo tendieron sobre la paja. Una palidez de cera le cubría la cara y acentuaba su barba y su bigote crecidos. Casi no respiraba. Desde la cocina de los patrones acudió la vieja Matilde y en un momento descubrió la herida,

llena de sangre, bajo la tetilla izquierda. La escondió de nuevo con la cotona de la camisa y fué a preparar un hervido de yerbas. La gente quiso preguntarle algo pero la mujer, huraña y resbaladiza, los dejó con las ganas.

El patrón llegó en ese momento hasta la puerta.

—¡Por la grandísima! ¡alguien dejó abierta la tranquera del potrero de arriba!

—¡Ven haiga, mi patrón! ¡Quién había e ser!

—¡Cómo no se iba a pasar el Mañoso, por la grandísima!

—El diablo habrá sío, patrón, que cuando llega la desgracia . . .

—Habrá sío el campero, que ayer andaba con trago . . .

—¡Carajo, no más! Ahora mismo lo echo con el Mañoso para el pueblo.

—A ver si tiene pana pa eso . . .

—¿Cómo está esa herida, vieja?—interrogó viendo entrar a la curandera.

—Malaza, patrón. El Mañoso tiene los cachos ponzoñosos . . .

—Entonces ahora mismo se llevan al herido. No quiero más desgracia aquí.

Una hora después, el afuerino era llevado al pueblo. En las lomas, agobiadas por la grisalla del día, hombres y mujeres suspendían un momento el trabajo para buscar en la cinta rojiza del camino, la mancha parda de la carreta con su yunta clavel.